

Clases populares y política en Brasil

(Notas para una revisión teórica)

JOSÉ ALVARO MOISÉS

CAPÍTULO PRIMERO

CLASES POPULARES Y POLÍTICA

I

La cuestión de calificar lo que son las clases populares urbanas brasileñas es hoy, menos un problema de definición analítica (que, por más que opere al nivel de estructura de las relaciones de producción, ni por eso evita la necesidad de calificar a su expresión como actor histórico real), que de sensibilidad de los investigadores o de los que se interesan por su suerte, para observar y comprender las vicisitudes históricas de su presencia en la sociedad. La expresión real de esa presencia en la sociedad brasileña se ha dado casi siempre, a través de una amplia variedad de movimientos sociales que no presenta correspondencia directa con los modelos clásicos más conocidos, como es el caso del movimiento obrero europeo. Sin embargo, si por un lado eso ha servido para que algunos autores se sientan autorizados para descalificar la pertinencia social y política de esos movimientos, ni por eso impide, como ocurrió en Brasil en los últimos 30 años, que sus resultados apunten en la dirección de nuevos rumbos para la sociedad entera. En ese sentido, más que una cuestión de simple calificación conforme los parámetros ofrecidos por la economía "clásica", la ocurrencia de esos movimientos sociales presenta cuestiones que se relacionan, en realidad, con el propio redimensionamiento de la teoría de las clases y su expresión en el contexto de las sociedades latino-americanas contemporáneas.

Este trabajo se propone el examen de algunos aspectos de la manifestación de las clases populares urbanas en Brasil. Sin embargo, su perspectiva apunta menos a un examen exhaustivo de un sinnúmero de definiciones abstractas propuestas por la sociología y por la ciencia política, y más a una tentativa de calificar la especificidad de esas clases, como objeto de conocimiento, en su existencia histórica real.

La existencia de esas clases populares urbanas en la sociedad brasileña, en particular en la región del Gran São Paulo, se manifiesta por una multiplicidad de situaciones. En primer lugar, convendría destacar que ellas son los principales agentes del proceso social que produce una parte sustancial de la riqueza económica de la nación, sea por el esfuerzo de sus contingentes de obreros industriales, sea por el trabajo de los asalariados incorporados en el llamado "sector de servicios", que tanto como los primeros, sólo poseen su fuerza de trabajo para ofrecer en el mercado de trabajo.¹ Además de eso, sería conveniente recordar que ellas son objeto de las preocupaciones, directas o indirectas, de los dirigentes del Estado encargados de la gestión de los llamados "servicios públicos", como sistema de transportes colectivos, obras de infra-estructura como redes de agua y albañales y una infinidad más de aspectos como educación, salud, diversión, etcétera, que integran el contexto de las condiciones urbanas de vida. Ellas son, por otro lado, el centro de atenciones de los responsables de los medios de comunicación social como la televisión, así como de los que están al frente de los programas de educación de masas, como los cursos del MOBREAL — que, además de las funciones tradicionales de enseñanza básica, se dedica a transmitir un conjunto de valores culturales y morales, que no están relacionados apenas con el orden social vigente, pero lo tratan de reactualizar, acompañando las exigencias de la dinámica de su propia transformación. Además,

¹ Sobre la cuestión de la importancia de la participación de São Paulo en la riqueza que es generada en su región metropolitana para la economía del país, un texto reciente afirma: "Se hace obligatoria, cuando se trata del crecimiento de São Paulo, la referencia a la posición privilegiada de su economía en relación al subdesarrollo de otras regiones en Brasil. Como centro dinámico del estado más rico del país, la región del Gran São Paulo presenta, por cierto, un elevado nivel de acumulación de riqueza. (...). En 1948, São Paulo ya ocupaba un lugar hegemónico en el proceso de acumulación de capital, reuniendo nada menos que el 45,9% de las emisiones de capital en Brasil. Después de una baja temporal en la primera mitad de los años 60, la participación de São Paulo tornó a elevarse arriba de los 40% y, en 1972, llega a la ponderable proporción de 44%. Esto significa que el centro de concentración del capitalismo brasileño se encuentra en São Paulo, para donde afluyen los recursos para la acumulación del resto del país y del exterior. El estado de São Paulo retiene el 35,6% de la renta interna y acumula cerca del 44% del capital." Cf. "São Paulo 1975: Crecimiento e Pobreza", C.P.F. de Camargo, F. H. Cardoso, F. Mazzucchelli, J. A. Moisés, L. Kowarick, M. H. T. de Almeida, P. I. Singer y V. C. Brent (Estudio realizado para la Pontificia Comisión de Justicia y Paz de la Arquidiócesis de São Paulo) Edições Loyola, São Paulo, 1976, p. 13-14.

hay que mencionar que ellas son objeto privilegiado de la atención de los partidos políticos y de todos aquellos que buscan legitimar sus proyectos políticos frente al conjunto de la sociedad nacional.

Pero, además de ser objeto de la acción de las otras clases sociales, las clases populares están sujetas a su propia historia. Ellas constituyen, en su existencia diaria y en los movimientos que originan, un punto de referencia necesario para quienes se interesen en analizarlas para comprender su importancia política. Ellas sufren, tanto en su cotidianidad cuanto en los movimientos que generan, influencias exteriores, como la política de las otras clases, los efectos de la ideología dominante, las propias concepciones socialmente sancionadas en cuanto a su papel en la sociedad y, principalmente, el peso de los aparatos coercitivos y represivos del Estado. Sin embargo, esa cotidianidad y esos movimientos son fruto también de las vicisitudes internas de la experiencia de esas clases que, además de incorporar los aspectos mencionados, incorporan también las determinaciones de su propio desarrollo social y político.

En otras palabras, la existencia de las clases populares no se determina simplemente por las condiciones externas a ellas, como quiere la voluntad de las demás clases con las cuales forman la sociedad nacional. Esa existencia se determina también por su querer y voluntad propios, los cuales se constituyen en factores que juegan un papel determinante en el carácter de su presencia delante de las otras clases y del Estado. Es la importancia de esos factores la que se busca recuperar al proponerse una alternativa de análisis que tenga como punto de partida su existencia histórica real. Esa existencia no es apenas pasividad, como desea una cierta tradición intelectual y política, pero ella demuestra que las clases populares aspiran a participar en la vida social y política del país con una marca propia. Como se sabe, el pleno desarrollo de esa posibilidad —o “libertad”, como diría Antonio Gramsci²— depende de una variada gama de factores, como la cuestión de la espontaneidad de las masas, de su organización y dirección, etcétera, algunas de las cuales se pretende presentar y discutir aquí. Todavía, uno de los factores esenciales de ese desarrollo es la recuperación del significado que puedan tener los movimientos originados y generados al interior de la experiencia de esas clases. Esos movimientos, como discutiremos adelante, expresan las virtualidades propias de las clases, dan cuenta de algunos aspectos de su propia forma de participar en la sociedad. Pero, ni siempre acontecen bien ni siempre realizan de una manera acabada esa función de expresar la presencia específica de esas clases en la sociedad. Muchas veces, son portadores de las causas perdidas, son herencia y herederos, a un mismo tiempo, de proyectos y esperanzas frustrados, incapaces de articular, en sentido fuerte, los intereses de esas clases y expresarlos ante las demás. Son

² Ver A. Gramsci, *Materialismo Histórico y la Filosofía de Benedetto Croce*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1973, p. 41.

canales de expresión, más que de las victorias, de las tentativas de los vencidos. La tendencia de gran parte de la historiografía social, delante de ellos, ha sido la de olvidarlos, ya que no expresan la voluntad de los vencedores. Sin embargo, cualquiera que sean los efectos sociales y políticos de su acontecer para la sociedad como un todo, ellos expresan una parte de la historia de esas clases, constituyéndose en rellano y experiencia que ya no podrán ser ignorados en el desarrollo futuro y, en ese sentido, ellos son parte de los condicionantes internos del deber histórico de esas clases como actores autónomos en la escena social y política.

II

Esa perspectiva de análisis guarda una estrecha relación con una larga tendencia intelectual desarrollada en la posguerra europea, especialmente entre algunos autores ingleses y franceses menos influidos por el "estalinismo".³ Thompson, por ejemplo, al enunciar las intenciones de su clásico estudio sobre el largo proceso de la constitución de la clase obrera inglesa, lo define en términos de la auto-constitución de esa clase como un proceso activo, que está condicionado tanto por las determinaciones estructurales, cuanto influido por la capacidad de actuar de la clase. "La clase obrera, dice él, no emergió, simplemente, como el sol en un momento dado. Ella estuvo presente en su auto-constitución".⁴ Thompson tiende a ver las clases sociales como un *fenómeno histórico* (y no simplemente como una estructura o una categoría); como algo que "acontece", en el sentido de que es *constituido por una relación*, en la cual los agentes que de ella hacen parte, participan activamente. Clase, en este sentido, es un fenómeno que es definido por los propios agentes en la medida en que ellos viven su propia historia, "y, al fin, esa es su única definición".⁵

³ Entre los que adoptan esa perspectiva, cabe mencionar, especialmente, E. J. Hobsbawm, *Labouring Men-Studies in the History of Labour*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1964, también en colaboración con G. Rude, *Captain Swing*, Penguin Books, Londres 1973; G. Rude, *La Multitud en la Historia*, Siglo Veintiuno Editores S. A., Buenos Aires, 1971; E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Pelican Books, Londres, 1968; y, finalmente, aunque en sentido más marcado por el empirismo antropológico inglés, R. Hoggart, *The Uses of Literacy*, Pelican Books, Londres, 1958.

⁴ Thompson, *op. cit.*, p. 9.

⁵ *Idem*, p. 11. Thompson acrescenta: "... class entails the notion of historical relationship, it is a fluency which evades analysis if we attempt to stop it dead at any given moment and anatomize its structure", p. 9. (subrayados míos, J. A. Moisés).

Veamos cómo se da la convergencia de esa perspectiva de análisis con otra larga tradición intelectual que se formó en los últimos 20 años, entre sociólogos y científicos políticos en América Latina: los estudios del *populismo*. La noción de clases populares ya estaba presente en los primeros trabajos de Gino Germani,⁶ que fechan en medio de los años 50, y que buscaban explicar la especificidad del *peronismo* como forma de participación política de las masas por las particularidades de la estructura social y política latino-americana. Y ella reapareció, sucesivamente, en los trabajos de Torcuato Di Tella, Fernando Henrique Cardoso, Jorge Graciarena y Francisco Weffort,⁷ entre otros, en estudios hoy clásicos, que trataron de dar cuenta de las características que distinguen el populismo latinoamericano con relación a las formas de participación social y política corrientes en los países de desarrollo llamado "clásico". En principio, esa tradición de análisis tomó la noción de clases populares en su sentido meramente descriptivo, esto es, trató de indicar, simplemente, —despreciando lo que podría haber sido un excesivo rigor teórico—, quienes eran los sectores sociales que integraban la *alianza populista*, sin preocuparse en explicar las razones por las que no se haya formado, en América Latina, una clase obrera cuyo comportamiento fuera conforme a los modelos "clásicos". En términos generales, esos estudios indicaron que, además de los obreros industriales, era necesario tomar al conjunto de las clases asalariadas urbanas como conformadoras de la base social de los movimientos populistas. La masa de apoyo de esos movimientos era identificada con *todos aquellos que viven de salarios*, incluyéndose entre ellos los empleados de las empresas públicas y privadas de transportes, de las empresas comerciales y demás sectores

⁶ G. Germani, "Política y Sociedad en una época de transición", Paidós, Buenos Aires, 1974. Ver especialmente Capítulo IV "El autoritarismo y las clases populares", cuya primera versión es de 1957. Para una crítica de este trabajo y de la perspectiva de análisis de Germani, ver J. A. Moisés, "Reflexões sobre os estudos do populismo na América Latina", mimeo (USP, 1976, elaborado en 1973 para el Instituto Feltrinelli de Milano y a aparecer en la Revue Internationale de Sociologie, Roma, Diciembre de 1976).

⁷ Ver T. DiTella, "Populism and Reform in Latin America", in C. Weliz, "Obstacles to change in Latin America", Oxford University Press, Londres, 1965, pp. 47-74; F. H. Cardoso, "Mudanças Sociais na América Latina", DIFEL, São Paulo, 1969, especialmente Capítulo II "Os agentes sociais de mudança e conservação na América Latina", p. 23-51, y también, "Proletariado no Brasil: situação e comportamento social", p. 199-221; J. Graciarena, "Poder y Clases Sociales en el Desarrollo de América Latina", Paidós, Buenos Aires, 1967, especialmente Capítulo IV "La Participación de las Masas marginales y el Cambio Político", p. 107-135; F. C. Weffort, "Clases Populares e Política" (Contribución al estudio del populismo), Tesis de Doutorado, FFCL de la USP, São Paulo, 1968. Además de esos autores, cabe referir también a los estudios de O. Ianni, "O Populismo Latino-Americano", CEBRAP, mimeo, São Paulo, 1974, y T. H. Donghi, *Historia Contemporánea de América Latina*, Alianza Editorial, Madrid, 1970, en los cuales la noción de clases populares es utilizada en los términos de los estudios mencionados antes.

incorporados al sector de servicios (y, además de esos, conforme el caso, algunos sectores de las capas medias tradicionales, como los profesionales liberales). ^{7a}

La ventaja de ese procedimiento era la de que, no obstante de operar a un nivel casi puramente descriptivo, servía para revelar la identidad de las clases populares a través de la afirmación de su heterogeneidad interna, esto es, servía para demostrar que a pesar de las diferencias de ocupación, renta e incluso status, los obreros industriales no eran los únicos en adherir a los movimientos populistas y a sus consignas; al contrario ellos eran acompañados por los miembros de los escalones inferiores de la pirámide social de la ciudad que ocupaban, como había acontecido en algún momento dado, los empleados urbanos menos favorecidos por el desarrollo y la expansión de la economía. Al mismo tiempo, ese procedimiento analítico de tipo descriptivo dejaba sin solución algunas cuestiones que surgían en estos análisis, que adoptaban la noción de una de las principales dificultades teóricas que esos estudios no resolvían (tal vez porque jamás se propusieron esto) residía en la distinción clásica entre *trabajo productivo* y *trabajo improductivo*. ¿Cómo colocar en un mismo plan, para fines de análisis de su comportamiento político, fracciones de clase tan distintas entre sí? ¿No implicaría, ese procedimiento, en hacer "tabla rasa" a la distinción fundamental que, exactamente, constituye la especificidad de la clase obrera? ⁸

^{7a} *Weffort*, por ejemplo, toma la noción de clases populares para "... designar a todos los sectores sociales asalariados, semiasalariados o no-asalariados, cuyos niveles de consumo están próximos a los mínimos socialmente necesarios para la subsistencia" *Cf. Clases Populares e Política, op. cit.*

⁸ La famosa distinción de Marx aparece en *El Capital*, Vol. I Capítulo I, pero ella se refiere, esencialmente, a una preocupación analítica que tiende a elucidar los orígenes del proceso de acumulación de capital en el modo de producción capitalista y no, como parecen creer algunos autores, un procedimiento destinado a dividir la clase trabajadora entre "proletarios auténticos". Tal procedimiento, de obvias raíces morales, sería enteramente extraño a las preocupaciones políticas de Marx. Por otro lado, cuando tratamos de las clases populares, en general, lo que está en juego es el conjunto de los sectores sociales que viven de la venta de su fuerza de trabajo y que, como tal, integran al ejército industrial de reserva, del que el empleador puede hechar mano para apropiarse de la plusvalía que es producida por los obreros industriales. La clase obrera —objetivo un tanto mítico para muchos pensadores y teóricos— no existe en abstracto; para existir ella tiene que reproducirse y su reproducción sólo puede darse en determinadas condiciones históricas. A la vez, se percibe que esas condiciones históricas incluyen la constitución, por el capital, de una serie de fracciones sociales que realizan trabajo improductivo, pero sin las cuales no sería viable que el capital se reprodujera, pues no tendría a su disposición a la propia clase obrera (que depende para su reproducción de aquellas fracciones "improductivas"). Además, es necesario tener en cuenta que, en países dependientes como Brasil, la propia constitución del capitalismo supone una intensa movilidad social inter-fracciones, y esa movilidad

Si los estudios mencionados no respondieron, en rigor, a esas preguntas, eso se explica, en gran parte, por el hecho de que el objetivo de esos estudios estaba dirigido a tomar las clases populares en su expresión histórica, esto es, a explicarlas como actores históricos que de una u otra manera estaban interviniendo en el proceso social y político, y no clasificarlas exhaustivamente, según su posición estructural. Pero, en eso reside exactamente su ventaja, como se verá adelante, y también su punto de convergencia con la perspectiva tomada como punto de partida del presente trabajo. De hecho, lo que se aprecia de forma implícita en los estudios de Germani,⁹ en los demás, y especialmente, en los de Weffort, era formulado de manera bastante clara: destacar la *identidad de intereses*, y la *capacidad de presentar aspiraciones políticas específicas* por parte de esos sectores sociales.

Es verdad que los pasos en la dirección de esos objetivos de análisis *no se dieron sin dificultades*. El trabajo de Cardoso,¹⁰ por ejemplo, aceptaba los puntos de partida comunes a buena parte de los trabajos mencionados, a saber que era necesario examinar la presencia de los sectores populares teniendo en mira la peculiaridad del proceso de formación en el contexto social y político creado por el capitalismo dependiente y terminaba por concluir que esa presencia se expresaba en términos de lo que se llamó "situaciones de masa".¹¹ Las "situaciones de masa" serían aquellas surgidas en consecuencia del crecimiento de la población, la expansión del mercado, la urbanización hecha sobre la base de migraciones internas, la desorganización de la economía agraria tradicional y la incorporación del "pueblo" al proceso político vigente en los países latinoamericanos. En ese cuadro, el autor señalaba que "... la formación de sectores urbanos y semi-urbanos, *sin la mediación de organizaciones propias (políticas y sociales)* y, *sin la definición de perspectivas e ideologías capaces de expresar la especificidad de aquellos sectores dentro de la sociedad*, tornó posible su caracterización como 'situaciones de masa'".¹² Cardoso añadió que el concepto de "masa" se distingue del de "clase", pero "... sin sustituirlo. Eso se justificaría porque, en una 'situación de clase' se supone que se cristalizan organizaciones propias de clase (sindicatos, partidos, asociaciones, etcétera y que, ... por lo menos virtualmente, es posible definir una perspectiva y desarrollar formas de conciencia social que expresen *'esa posición estructural'*".¹³

constituye, en parte, el propio proceso de constitución estructural de la clase obrera. A ese respecto ver adelante en la III Parte, capítulos 6 y 7. Para un punto de vista bastante distinto de lo que se presenta aquí y en aquellos capítulos, ver *N. Poulantzas*, "As Classes Sociais no Capitalismo de Hoje", Zahar, Río, 1975.

⁹ Para lo que contaba, por cierto, la militancia liberal-funcionalista del autor.

¹⁰ Cardoso, "Os agentes sociais da mudança...", *op. cit.*

¹¹ Cardoso, "Os agentes sociais...", *op. cit.*, p. 27, nota.

¹² *Idem*, p. 27.

¹³ *Idem*, p. 27, (subrayados míos—J. A. Moisés).

Esa definición deja margen a errores. Si el concepto de “masa” se distingue del de “clase”, pero no lo sustituye, eso significa que el segundo engloba al primero, pues la tendencia del autor —como la de los demás citados— es la de demostrar que el populismo fue una expresión política de clase, aunque haya guardado esa característica de forma subyacente. Sin embargo, en la definición de clase que propone en la nota mencionada, el autor hace referencia a *atribuciones* que serían características de una determinada “posición estructural”. Entre esas atribuciones, además de organizaciones de clase, estaría la conciencia. Se avisan por lo menos dos problemas en esa formulación:

1. El fenómeno de la conciencia de clase no es una *atribución* de una determinada “posición estructural”. Antes ella se forma, dinámicamente, de acuerdo con las condiciones dadas por el nivel de lucha que se desarrolla entre los diversos grupos sociales, como las clases y sus fracciones. Son esas condiciones, por ejemplo, quienes hacen que el “instinto de clase” limite la clase obrera a las estrecheces políticas e ideológicas del populismo, imposibilitando que se desarrolle la “conciencia de clase”.¹⁴

2. Al definir el concepto de “clase” por referencia a una “posición estructural” que, necesariamente, daría emergencia a formas genuinas de conciencia social, el autor está oponiendo este concepto al de “masa” —situación en que, por definición, no se da a emergencia de formas de conciencia social— y, por lo tanto, contradiciendo su proposición anterior de que un concepto no excluye al otro.

Señalo esa dificultad para demostrar que, si por un lado, el examen de las llamadas peculiaridades estructurales de la formación social y política latinoamericana sirvió para hacer avanzar el conocimiento, cuando se trató de tomar el comportamiento político de las clases populares, sin embargo, esa perspectiva no resolvió algunos de los problemas que estaban puestos delante de ella. Eso no quiere decir que la referencia

¹⁴ La formación de la conciencia de clase está relacionada, para los clásicos, con el conocido pasaje de la “clase en sí” a la “clase para sí”, según la versión de Marx en el “18 Brumario”. Algunos autores contemporáneos sugirieron que para que se dé aquella formación es necesario que la clase obrera, por ejemplo, supere un nivel meramente “instintivo” de percepción de su situación, como condición para llegar a una conciencia “elaborada de esa situación”, lo que supondría la recuperación de sus tradiciones propias de lucha y la intervención de una organización política. Para una discusión de esa cuestión y su relación con la influencia ejercida por la ideología dominante sobre las formas de conciencia social propias a las clases populares, ver mi ensayo “Classe Operária e Conciência de Classe no Brasil”, Problemática, en “Dependance et structure de classes en Amerique Latine” IVe. Seminaire Latino-Americain, Centre Europe-Tiers Monde (CETIM), Geneve, 1972, p. 325-386, especialmente 349. También J. A. Moisés “The Organizational Question and the Political Experience of Working-Class in Brazil”, trabajo presentado al Seminario de Política Latinoamericana del European Consortium for Political Science, realizado en Manheim, Alemania, 1973.

a las llamadas "situaciones de masa" no haya sido útil para cubrir un área de investigación empírica que un hábito anterior, demasiado mecánico,¹⁵ simplemente descalificaba, tomando como punto de referencia la comparación con la situación latinoamericana y una situación histórica diferente de ésta en muchos aspectos, como era el caso de las formaciones sociales y políticas europeas del siglo XIX y principios del XX. No obstante, es necesario señalar que, desde el punto de vista del avance del conocimiento, las formulaciones mencionadas arriba sólo comenzaron a producir resultados positivos cuando pasaron a calificar, debidamente, las situaciones concretas a que hacían referencia.

En ese sentido, los estudios de Weffort¹⁶ son los que parecen haber llevado más lejos del examen de las peculiaridades de la formación histórica de las clases populares urbanas; sin embargo, tampoco estaban exentos de los problemas que surgen cuando los analistas se refieren más a los marcos estructurales generales que determinan la emergencia de esas clases que a su propia capacidad de intervenir en el proceso de su propia formación. Sin embargo, en estos estudios, el autor parte de la hipótesis de Germani — sin dejar de señalar su desacuerdo con la perspectiva global adoptada por ese autor según la cual el *peronismo* y el *varguismo* fueron formas específicas de las clases populares urbanas de Argentina y Brasil que participaron en el juego político de sus países. En esa hipótesis, aunque el fenómeno de la movilización de masas se explique de manera diferente para cada autor, el populismo no disolvería el carácter de clase en sus manifestaciones masivas. La manipulación populista aparece como algo que no habría sido históricamente viable si no hubiese involucrado algún grado de expresión de los intereses sociales de las clases populares emergentes.

De hecho, para Weffort, la emergencia de las clases populares urbanas brasileñas se dio en el contexto de la *crisis de hegemonía* que marca el descenso del predominio político de las oligarquías tradicionales ligadas a la actividad agrario-exportadora que, a partir de 1930, lanzaría al sistema político en una crisis crónica de legitimidad. Sin embargo, de la misma forma que Germani, Weffort no se limita a ver la emergencia política de las clases populares como consecuencia de la crisis de la democracia liberal-oligárquica de las primeras décadas de este siglo; él señala en sus análisis, el hecho de que esa emergencia expresa también algún grado de voluntad propia de esas clases que "... sirven a la legitimación

¹⁵ Para una discusión de este punto, ver adelante las críticas que son presentadas a los análisis mecanicistas del comportamiento de la clase obrera en Brasil.

¹⁶ Weffort, "Clases Populares e Política", *op. cit.*; también "Estado e Massas no Brasil", *Revista Civilização Brasileira*, No. 7, 1966, pp. 137-158.

En sus trabajos más recientes el propio autor presenta una crítica radical de esa perspectiva. Ver "Sindicato e Política", tesis de libre-docencia, mimeo, USP, 1972. También "origens do Sindicalismo Populista", *Estudos CEBRAP* No. 2, 1972, São Paulo.

del régimen en la medida en que presionan a través de los políticos populistas, por su incorporación política y económica al sistema; pero en este mismo proceso de incorporación, ellas traen al escenario político sus insatisfacciones presentes, y, así, tienden a convertirse en una permanente amenaza de superación del *statu quo*.¹⁷ Para ese autor, los movimientos populistas que se forman a partir de 1930, son la expresión más directa del fenómeno típico de emergencia política de las clases populares. Esto quiere decir que la importancia de ese abordaje está directamente ligado a la *naturalidad política* de la explicación que ella da para la participación de los sectores populares en el contexto de los países dependientes. Es innegable que autores como Weffort y Germani buscaron la especificidad de las masas latinoamericanas en términos de las peculiaridades de su formación histórica,¹⁸ sin embargo, el carácter distintivo de sus análisis está en que anticiparon la discusión que se llevó recientemente en torno del tema de las clases sociales en América Latina,¹⁹ y que estableció una distinción clara entre posición de clase y práctica de clases.²⁰ Esta distinción, como se sabe, define la posición estructural de las clases al nivel de las relaciones de producción, pero no se limita a ver el fenómeno de las clases, en su plenitud, en ese nivel, pues trata de indicar las condiciones históricas concretas en que una determinada práctica social se reviste de su carácter clasista, no obstante que, según las apariencias, contradiga ese carácter. En último análisis, el criterio más fundamental para analizar la práctica de clase son sus efectos sociales y políticos. Sin embargo, eso no excluye, que en el proceso de su deber una clase social tenga, por ejemplo, que aceptar las reglas del juego político del sistema, incluso para poder expresar de una manera más perceptible su satisfacción delante de ese sistema. A veces, la aceptación de esas reglas del juego es obligatoria para que esa clase se pueda articular en un grado más elaborado, en frente de otras clases. En el caso de los autores que estamos discutiendo, la inmensa ventaja de sus análisis está en que identificaron las clases populares —a pesar de su heterogeneidad interna— por su capacidad de intervención política en el cuadro de una sociedad como la argentina o la brasileña, rompiendo, por la práctica de su producción teórica, el viejo hábito mecanicista de buscar

¹⁷ Weffort, "Clases Populares e Política", *op. cit.*

¹⁸ Las peculiaridades de la formación histórica de las clases, según esas concepciones, están relacionadas con el carácter dependiente del capitalismo latinoamericano. Ver a este respecto, "Desarrollo e Dependencia", F. H. Cardoso y E. Falleto, Zahar Editores, Río de Janeiro, 1970. Adelante son ofrecidas algunas críticas a esas concepciones.

¹⁹ "Las Clases Sociales en América Latina", seminario organizado por el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, coordinador Raúl Benítez Zenteno, en Mérida, 1971.

²⁰ Ver M. Castells, "La Teoría Marxista de las Clases Sociales y la Lucha de Clases en América Latina", comentario presentado al trabajo de Nicos Poulantzas, *op. cit.*, pp. 159-190. Ver también las intervenciones de Castells durante las discusiones, especialmente p. 375 en adelante.

explicaciones para el comportamiento político de las clases exclusivamente en su producción estructural, y de intentar ver a las clases populares latino-americanas como teniendo que repetir la experiencia histórica que marcaron a los países europeos.²¹

Esos autores adoptaron una perspectiva que prácticamente tornó posible *caracterizar a las clases populares como actores históricos reales*. Al calificar la alianza social y política sellada por esas clases en función de la política populista a partir de la mitad de los años 40 (principalmente en Argentina y en Brasil), ellos demostraron que esas clases, al mismo tiempo que manipuladas, jugaban con sus intereses reales al aceptar las políticas populistas e imponían a ellas un cierto contenido social y político. En ese sentido, los trabajos de algunos de esos autores latino-americanos parten de una perspectiva familiar a los trabajos ingleses y franceses mencionados antes —la noción de *clases trabajadoras* en su conjunto— y tienden a una especificación del papel particular de la clase obrera. En ese conjunto, el análisis de la especificidad de la clase obrera, toca necesariamente la cuestión de las alianzas sociales y políticas. Fue en ese sentido que los trabajos referidos tomaron a los movimientos sociales que resultaron en el populismo. Esos movimientos colocaron, fundamentalmente, la cuestión de la historicidad de las clases populares como actores históricos, particularmente la clase obrera. El problema de la especificidad de la clase obrera al interior del conjunto de las clases populares, se refiere, en un primer nivel de análisis, a las peculiaridades de su formación histórica: como recuerda Weffort en su estudio, no es posible olvidar que, en el caso de Brasil, se trata de una clase en proceso de formación, marcada por una creciente heterogeneidad interna en su composición económica y social, por una movilidad social acentuada y por el carácter contradictorio de su formación en los grandes centros urbanos.²² Sin embargo, ese nivel no se limita, exclusivamente, a presentar explicaciones que se refieran a la posición estructural de las clases. Son los movimientos sociales producidos y generados por esas clases que expresan, de forma más o menos definida, su aspiraciones sociales y políticas, aspectos fundamentales para dar cuenta de su plenitud como clase.

²¹ Ver adelante las críticas que son presentadas a esa vieja tendencia mecanicista.

²² Esa heterogeneidad interna se determina por la diversidad de las formas de producción (regional, sectorial, tecnológica, ecológica, etcétera) del capitalismo dependiente; en cuanto a la movilidad social y el carácter contradictorio de la experiencia urbana de la clase obrera están dados por el hecho de que, procedentes de la provincia o en casos más raros directamente del campo, al llegar a las ciudades y obtener un empleo industrial, los miembros de esta clase están pasando por un *aparente* proceso de ascensión que se desnuda en seguida, en la medida en que se esclarece la condición de desigualdad que marca su papel en la estructura de las relaciones de producción en el sistema capitalista. A ese respecto ver Weffort, "Clases Populares" *op. cit.*

Lo que se dijo en los párrafos anteriores implica que, al contrario de lo que se supondría, el presente trabajo no pretende alejarse de esta tradición de análisis desarrollada entre los especialistas latinoamericanos. Por el contrario, al enfatizar la importancia de los movimientos sociales para dar cuenta del significado político de la presencia de las clases populares en la sociedad, retoma los supuestos de esta tradición. Si hay algún aspecto que es necesario distinguir de los estudios mencionados, éste aparece en las líneas críticas más generales, que serán presentadas adelante. Además hay otro punto que merece un énfasis particular: la tradición que se retoma aquí, con los reparos hechos, enfatiza *tanto la identidad de las clases populares respecto a sus intereses propios cuanto a su capacidad para presentar aspiraciones políticas* (en este caso, a través de los movimientos populistas). Sin embargo, ni la teoría ni la investigación parecen haber enfatizado suficientemente *las formas propias de articulación* de esas clases y, como todo lo indica, hacen la mediación entre la identificación de intereses propios y su expresión a un nivel propiamente político. A partir de la perspectiva de análisis que adoptamos en este trabajo, de recuperar la historicidad de las clases populares, parece ser fundamental no limitar las explicaciones de su participación política al populismo, sino intentar avanzar e ir adelante, identificando en las formas elementales de articulación de esas clases, algún grado de expresión de su voluntad propia.

III

En Brasil, las clases populares siempre se constituyeron en un tema problemático. La comprobación de esa afirmativa puede ser verificada en diferentes momentos de nuestra historia social y puede ser tomada en diferentes ángulos de análisis: su presencia siempre fue percibida como un problema, que había de ser enfrentado, por las élites dominantes de antes y después de 1930. Sin embargo, por otras razones, su presencia también fue siempre percibida sólo en forma negativa por las élites que, en 1935 (con la Alianza Nacional Libertadora) o en 1945 (con los partidos que reivindicaban orígenes obreros), surgieron como sus representantes, bien como por aquellas que, como la democratización de la posguerra, incluso sin deseárselo, tuvieron que admitir la posibilidad de una alianza con esas clases como prerrogativa indispensable de su deseada emergencia social y de la legitimidad que necesitaban para sus propósitos políticos. En todo caso, el hecho es que, actualmente las clases populares son vistas mucho más por lo que se dice que *ellas no son*, que por el

eventual papel positivo que puedan venir a desempeñar en la historia del país.

Naturalmente, para cada uno de los grupos elitistas mencionados arriba —así como para sus bases sociales de sostenimiento— la presencia de las clases populares fue y es percibida a partir de la posición que cada uno de ellos ocupa en la sociedad, y por lo tanto, lleva en cuenta sus intereses específicos en cada situación histórica dada. Por eso, para las élites dominantes, percibir el peligro virtual representado por la presencia de esas masas populares a partir, e incluso antes, de 1930 fue un simple detalle para la definición política de anticipación cuando no de represión directa — que esas élites realizaron en relación al movimiento obrero y algunas expresiones limitadas pero combativas de sectores de las capas medias. En cuanto a las élites que aspiraban asumir su representación en el plan político como los dirigentes comunistas, de la misma forma que para las que vieron en las clases populares aliados virtuales útiles, como parte de los liberales, los populistas y los socialistas, es más difícil comprender las razones lo mismo la naturaleza de su incapacidad de sentir y comprender que, de la base de la sociedad, podrían surgir, como de hecho surgieron, señales que indican en la dirección de nuevas soluciones para los impases políticos e institucionales que han marcado la vida brasileña desde 1930, y particularmente en los últimos 20 años. Para los que buscan representar a las masas en el forum de la política —y, por lo tanto, de la Historia— o simplemente buscan apoyarse en ellas para emerger social y políticamente parece lógico que, cuando menos, traten de fundar su deseada representatividad en la situación real de esas masas que, como veremos, incluye necesariamente formas propias de ellas que expresan su presencia. Esas formas no siempre presentan correspondencia con las expectativas que esas élites, cualquiera que ellas sean, crearon en cuanto al papel de las masas o en cuanto al que imaginan que debiera ser el curso del desarrollo histórico, de forma de satisfacer sus proyectos y sus ilusiones en cuanto a sus propias posibilidades de desempeñar un papel regenerador o salvador en el seno de la sociedad.

Esa percepción parcial de las élites en cuanto a las masas no es únicamente parcial: es ideológica, y, en cuanto tal, ejerce una función precisa en el cuadro de la sociedad vigente que es, exactamente, la de evitar que la presencia de las clases populares en la sociedad — que ellas niegan o se rehusan a ver— se transforme, de presencia virtual, en presencia real, en condiciones de agotar sus virtualidades y, de esa manera, abrir espacio para el surgimiento de nuevas formas sociales y políticas. Es una percepción ideológica en la medida en que examina lo real sin efectivamente captar lo complejo y las contradicciones que lo constituyen, lo que en política es el camino cierto hacia el pantano de la ilusión de las apariencias. ¿No es extraño que quien aspire a representar a las masas populares sea incapaz de percibir que esa representación debe fundarse, exactamente, en la capacidad propia que demuestran esas masas para represen-

tarse a ellas mismas? Pero la percepción elitista —aunque se trate de élites o vanguardias que se presentan como ligadas o aliadas a ellas— es ideológica también por el otro lado de sus funciones: al afirmar la presencia de las clases populares por su negación, esto es, por lo que se dice que ellas no lo son: por la conciencia social que ellas no tienen, por el llamado “bajo nivel de masa” o por su afirmada incapacidad de desprenderse del populismo para confirmar su presencia política particular — esas élites no hacen más que estrechar el campo posible en que la presencia, que afirman desear, pueda realmente ocurrir. En otras palabras, la percepción real o ilusoria sobre la presencia de las clases populares en las necesidades, no debe ser tomada como un dato neutral de la cuestión. Al contrario, esa percepción es en sí misma un dato del problema, es un factor que cuenta para la constitución propiamente de esa presencia, en la medida en que esa percepción condiciona la actitud y el comportamiento de esas élites en relación a las masas populares y eso influye, en mayor o menor grado, dependiendo del caso concreto, en esa propia presencia. Esto no quiere decir que haya un determinismo absoluto entre la actitud y el comportamiento de las élites y el papel de las masas en la Historia. Tan eso no es verdad que, en Brasil, aunque la presencia de las clases populares sea casi sólo negativamente percibida por las élites y por algunas “direcciones”, *ella se da* y se da muchas veces, de forma inesperada y sorprendente; o sea las clases populares tienen una dinámica propia que, a pesar de estar condicionada en cierto grado por la presencia de las élites, se desarrolla en terreno propio y, en algunos casos, puede irrumpir incluso cuando las condiciones son adversas. En esos casos, esa presencia ocurre generalmente marcada por una profunda espontaneidad que, siendo una caracterización de las clases subordinadas, como nos explica Antonio Gramsci,²³ limita extraordinariamente el alcance que pueda tener esa irrupción. *La espontaneidad sin dirección política*, en esos casos, puede indicar de forma más o menos dramática, los límites a la acción de las masas en las situaciones en que, por ejemplo, las vanguardias son incapaces de sentir y comprender la naturaleza de su presencia en una situación concreta dada. De todas maneras, marcada asimismo por la espontaneidad, la presencia de las clases populares puede

²³ “Se pueden dar varias definiciones de la expresión ‘espontaneidad’, porque el fenómeno al que se refiere es multilateral. Hay que observar por lo pronto, que la espontaneidad ‘pura’ en lo que se da en la historia, coincidiría con la mecanicidad ‘pura’. En el movimiento ‘más espontáneo’ los elementos de ‘dirección consciente’ son simplemente incontrolables, no han dejado documentos identificables. *Puede por eso decirse que el elemento de la espontaneidad es característico de la ‘historia de las clases subalternas’,* y hasta los elementos más marginales y periféricos de esas clases, los cuales no han llegado a la conciencia de la clase ‘para sí’ y por ello no sospechan siquiera que su historia pueda tener importancia alguna, ni que tenga ningún valor dejar de ella restos documentales”, *Cf. A. Gramsci, “Espontaneidad y dirección consciente”, en Antología, Siglo Veintiuno Editores, México, 1970, p. 309.*

indicar, por ejemplo, que, en el cuadro de la crisis de hegemonía que ha caracterizado nuestra historia en los últimos 30 años — o sea, en el cuadro de la crisis de la democracia de la posguerra— los sectores sociales situados en la base de nuestra pirámide social están apuntando en la dirección de nuevas perspectivas que podrían indicar soluciones nuevas para la propia crisis política institucional. El examen de esa hipótesis es uno de los objetivos de ese estudio. Sin embargo, creo que vale la pena explicar un poco más a algunos de sus supuestos históricos sin que eso implique un examen de profundidad de la propia hipótesis.

Como se sabe, los orígenes de la crisis política brasileña vienen desde los años 20, siguiendo su curso en la revolución del 30 y combinándose con los efectos internos de la crisis económica del 1929 y de la depresión que se sigue. Esa crisis desarticula el antiguo “bloque hegemónico” formado por las viejas clases agrario-exportadoras y desarticula a las propias relaciones entre el Estado y la sociedad civil. Avaladas las bases del poder de las clases tradicionales, y en la ausencia de alternativas de otras clases fundamentales —como la burguesía industrial y el proletariado— la crisis se soluciona con la atribución de un enorme poder del Estado sobre la sociedad civil, elevando a los que se apoderan del aparato del Estado a la condición de árbitros de un inestable compromiso que desde entonces se establece y que busca, a su manera, atender a los diversos sectores sociales. El desdoblamiento de esos cambios ocurridos al nivel del aparato jurídico-político se dará en una sucesión de etapas que, en un primer momento, convergen en la evolución de una estructura estatal de corte corporativista,²⁴ que contaría, de manera muy particular, con el bonapartismo de Vargas. A esa estructura estatal corporativista —en que se forma la estructura sindical brasileña— se sumará la estructura de representatividad de los partidos políticos, formados casi siempre de la cima para abajo y con el resguardo de favores del Estado, con el resultado inevitable de su crisis de legitimidad. En un segundo momento, la crisis abierta desde los años 20 y 30, cae en la precaria democracia de la posguerra, que por un lado mantiene a los mecanismos de expresión de las clases populares para efectos de su defensa económico-corporativa,²⁵ al interior del Estado, y por otro lado, llama a las masas a participar sin

²⁴ Esta estructura estatal corporativista como se sabe, fue en gran parte inspirada en la “Carta del Lavoro” italiana y concebía la representación de las clases sociales al interior del Estado. Para un análisis de esta cuestión desde el punto de vista del Derecho del Trabajo, ver *J. L. W. Viana* “Sistema Liberal e Direioto do Trabalho”, Estudos CEBRAP 7, São Paulo, 1974, p. 113 150.

²⁵ Los mecanismos de defensa económicos-corporativos de una clase se refieren, en la concepción gramsciana, a sus intereses económicos e inciden, necesariamente, en alguna forma de articulación de esa clase para esa defensa. Se distinguen, en ese sentido, dos mecanismos con funciones de defender las aspiraciones propiamente políticas de una clase, como es el caso de los partidos políticos. Cf. *A. Gramsci*, “Análisis de las situaciones. Correlaciones de fuerzas”, en *Antología, op. cit.*, p. 409-419.

que este llamado jamás haya resultado en cualquier forma de organización autónoma, como requisito necesario a la legitimación del poder. El nuevo bloque hegemónico que se forma a partir de entonces es integrado por una variedad de intereses, no poseyendo ningún grupo la fuerza suficiente para imponerse solo a su propia hegemonía. Vargas pasará entonces a incorporar la imagen de un Estado vuelto hacia la construcción de un tipo de consenso social dictado por la ley, y el atendimiento de los múltiples intereses creados a su vuelta. El proyecto de desarrollo de un capitalismo nacional sólo esporádicamente provocará antagonismos entre la fracción agraria y la fracción industrial de la burguesía.

La democracia de la posguerra no consigue dar participación real ni absorber completamente a las masas populares urbanas. Las contradicciones sociales y el ansia de expresar su presencia en una sociedad democrática que les ofrece muy poco terminan por provocar su irrupción en las ciudades en la forma de movimientos de masa y por la participación electoral. El populismo surge entonces, como una forma de canalizar las ganas de participación de esas masas y al mismo tiempo lanzar un puente entre ellas y las élites dominantes. Se instaura por la vía electoral, con participación de las masas, una legitimidad precaria, cuya característica principal es el hecho de que deja entrever sus propias contradicciones e insuficiencias, siempre que ocurran tentativas de parte de cualquier sector para organizar a las masas. Estas contradicciones e insuficiencias acaban por crear un clima más o menos permanente de insatisfacción de esas masas con el sistema de representatividad del nuevo régimen democrático.

En esas condiciones, las tentativas de Vargas, en su segundo periodo al frente del Estado, en el sentido de buscar base de apoyo social para el Estado entre las masas, gana alguna importancia y expresión. Esas tentativas representan una nueva esperanza para las masas ansiosas de participar. Su muerte, en condiciones dramáticas, lanza a las masas en un sentimiento de profunda desilusión y desconfianza en relación al carácter de la sociedad nacional, la política y el Estado. El periodo del populismo que se sigue, en la base de la alianza realizada entre la izquierda y los herederos de Vargas, permitirá crear algunas ilusiones de participación de las masas. Pero cuando ellas comienzan a ensayar cualquier iniciativa más independiente de organización, el resultado es el empleo de la fuerza y de la coerción, y finalmente la instauración de un régimen militar.²⁶

Estas observaciones muy sumarias sobre el carácter de la etapa de la crisis de hegemonía en los últimos 30 años, son meras indicaciones ini-

²⁶ Sobre las condiciones de esa alianza entre la izquierda y los populistas herederos de Vargas y sus implicaciones para la política de las clases populares, ver los trabajos recientes de *F. C. Weffort*, "Orígenes do Sindicalismo Populista", Estudos CEBRAP No. 4, São Paulo, 1973, y "Partidos, Sindicatos o Democracia: algumas questões para a historia do período 1945-1964", mimeo, CEBRAP, 1974.

ciales. Weffort observa que esas características de la crisis de hegemonía harían emerger un estilo ideológico propio que viene a tornarse dominante. Se constituye lo que él llama "ideología de Estado", tomando la expresión de Lamounier.²⁷ Las características de esta ideología de Estado son, entre otras, la presentación de un nacionalismo como premisa para la solución de los impases vividos por la sociedad, apareciendo ésta indicada por la categoría genérica de "pueblo", en el seno del cual no habría contradicciones sociales. Pero el nacionalismo brasileño es concebido más como una especie de estatismo, que como una estrategia de contraposición a supuestos intereses extranjeros. Constituida al interior del aparato estatal y dirigida sobre todo a la articulación de los agentes del propio Estado, esta ideología terminó por posibilitar las más diversas variantes del pensamiento político brasileño, desde los años 30 hasta los años 60. Posibilitó, especialmente, el pensamiento de la propia izquierda y de las élites que surgieron como representantes de las masas populares. De esa forma, las tendencias del desarrollo de la estructura estatal brasileña, harían converger a su natural elitismo hacia el elitismo característico de las vanguardias políticas.

Cabe señalar que no siempre el elitismo de las vanguardias aparece de forma explícita en el discurso político. La idea, o la ideología, del *atraso de la masa* aparece pocas veces formulada explícitamente. El elitismo aparece mucho más en las actitudes y en la toma de posiciones de esas vanguardias en relación a las masas, de las cuales se afirman representantes. Los capítulos que siguen, tratarán de presentar algunas indicaciones de este fenómeno, que tal vez se pueda considerar como retrógrada la acción de las élites en relación a las masas.²⁸ Pero, por razones que no están dissociadas de la práctica política de esas élites, en los últimos 30 ó 40 años, una buena parte de nuestra producción intelectual académica referente al papel de las clases populares en la sociedad también aceptó y enfatizó —lo que por cierto les dio estatuto teórico— los supuestos que fundamentan ese elitismo. Vale la pena hacer referencia, aunque sumaria, a los resultados de esa producción intelectual que viene de los

²⁷ Cf. B. Lamounier, "Ideology and Authoritarian Regimes: Theoretical Perspectives and a Study of the Brazilian Case", tesis de doctorado, University of California, Los Angeles, 1974, especialmente Parte IV: "The Emergence and Sedimentation of an Authoritarian State Ideology in the Brazilian Case", p. 293-338.

²⁸ Sugiero que se señale ese fenómeno de descompasamiento entre la práctica política de las vanguardias y sus aspiraciones de participación de las masas por el término "retrogradación", porque sus consecuencias son claramente regresivas. En ese sentido, tal vez se pueda establecer un paralelo con los análisis de Gramsci en cuanto a los partidos que, en determinadas circunstancias históricas retardan el desarrollo de las clases que representan, en el proceso de su constitución como actores sociales y políticos autónomos. Gramsci habla de partidos que desempeñan funciones "policíacas" y regresivas en relación a las masas. Ver a ese respecto "The Modern Prince & Other Writings", New Writings", New World Paperbacks New York, 1970, especialmente "The Political Party", pp. 146-143.

años 50 y 60 y que estuvieron marcados por una profunda influencia del nacionalismo así como del estatismo, como ideología de Estado. Pues como todo conocimiento vinculado a la práctica social, esa producción intelectual también desempeñó, como todavía desempeña, un papel propio en el cuadro de la discusión ideológica que ha caracterizado a la historia brasileña en los últimos tiempos.

IV

No es de sorprender que ya se haya tornado casi en una expresión de uso común la observación de que las clases populares participan apenas escasamente, o no se interesan, por la política, porque son muy atrasadas. Esa afirmación no es resultado de la tradición popular. Ella está, más bien, estrictamente vinculada a los resultados obtenidos por los análisis de una parte de los científicos sociales que se dedicaron al tema. Como se sabe, los análisis más corrientes sobre actitudes y comportamiento de la clase obrera descalificaron, casi completamente, cualquier posibilidad de tomar la presencia de este grupo social en la sociedad por su significado clasista. Las conclusiones que, en parte, se explican por los supuestos de esos estudios, indican que en cuanto a su participación económico-corporativa, la clase obrera brasileña se habría limitado a los conductos de la estructura sindical corporativista y burocratizada: en el plan político —que sería propiamente el terreno donde esa clase podría explicitar un proyecto propio— su participación no habría ido más allá de una adhesión a los movimientos populistas, que, absorbiendo los intereses de una multiplicidad de clases, simplemente olvidaría los intereses específicos de los trabajadores. Con relación a las formas propias de conciencia social, la clase obrera sería portadora de una “conciencia inadecuada”, una vez que se limitaría a una simple conciencia de su distinción de los ricos o entonces, expresaría una simple aspiración a la ascensión social, consubstanciada en una “conciencia de movilidad”, o aun en una especie de “conciencia consumista”.

La conciencia de movilidad estaría relacionada con la aspiración a un ascenso en el nivel de vida, preferentemente con el conquistar su libertad de la condición obrera.²⁹

²⁹ En algunos casos la hipótesis del atraso de las masas fue tan lejos, que se vio en algunas manifestaciones de deseo de migrantes de regresar a su local de origen para establecerse por su cuenta, una tendencia regresiva. Dejando de lado el carácter utópico de esas manifestaciones, se haría necesario considerar que el deseo de libertarse de la condición obrera puede ser mirado por su lado progresista, esto es, por el deseo de escapar a la situación de explotación.

La conciencia consumista estaría ligada a las ventajas económicas y sociales serían obtenidas por esa clase en el proceso de desarrollo que se incrementa a partir de los años 50 en las ciudades, y que diferencia a los obreros industriales de sus compañeros lanzados al ejército industrial de reserva, bien como de los que se quedaron en las áreas rurales y no consiguieron migrar para las ciudades. En ese caso, una de las variantes de esta hipótesis, enfatiza a la llamada heterogeneidad estructural de la clase obrera que, según esas explicaciones, sería otro factor que impidiese la militancia y la combatividad de los trabajadores. Innegablemente, esas observaciones tocan en aspectos importantes para la comprensión de la problemática. Sin embargo, sería necesario examinar un poco más detenidamente sus supuestos y la forma como esas observaciones se integran con la teoría más global que les da coherencia.

En la mayor parte de los casos, las razones que posibilitan la presencia arriba constatada de las clases populares en la sociedad —que de la forma en que se presenta no hay nada de específico, esto es, poco o nada distingue a esos sectores sociales por su participación— se conectan a factores de tipo económico-estructural, como la continuidad en el ambiente urbano de residuos rurales que, al final, serían responsables por la incapacidad de las clases populares de dar una orientación propia a su participación política. La inexperiencia urbana, la sobrevivencia de trazos culturales tradicionales y lo mismo la reproducción en el contexto urbano, de comportamientos de corte individualista-paternalista, explicarían la débil presencia de los trabajadores en los sindicatos, la permanencia en muchas empresas de las relaciones entre empleados y patronos —lo que no ayudaría al desarrollo de una genuina conciencia colectiva— y, finalmente, la fascinación ejercida por los líderes carismáticos y paternalistas, característicos de los movimientos populistas, especie de reedición urbana del “coronelismo”. *

Frente a la importancia asumida por esas observaciones, tanto para el desarrollo de la teoría como para el impacto que el conocimiento por ellas producido pueda haber tenido para la acción política, vale la pena presentar algunas indicaciones de los límites y de las ambigüedades conscientes o inconscientes creados por esa producción intelectual. En primer lugar, es necesario subrayar que la sorpresa provocada por las formas de emergencia política escogidas por las clases populares a partir de 1945, cuando se inicia la experiencia de la democracia formada en la posguerra, entre sociólogos y otros estudiosos, sólo puede ser explicada en el cuadro de una sensibilidad intelectual europea que toma, para análisis del comportamiento obrero brasileño, por ejemplo, el paradigma clásico de los países

* (p. 30) El coronelismo es un fenómeno que se da en el área rural del noreste brasileño. Algunos latifundistas, que se autodenominan “coroneles”, tienen un gran poder político entre las masas campesinas, ganándose las gracias de esas masas por medio de actitudes francamente paternalistas. (N. T.)

“avanzados” de Europa. Dejando de lado el aspecto fundamental —lo que es obvio— de que cualquier comparación hecha, no se puede olvidar que se trata de países capitalistas de formación histórica diferente —en Europa la clase obrera se constituyó como clase en el proceso mismo de las luchas sociales y políticas que condujeron a la burguesía al poder— es necesario concordar con Weffort⁸⁰ que el sentimiento de obligatoriedad de un procedimiento comparativo determinado, ha originado las mayores dificultades para un avance efectivo del conocimiento. La necesidad casi imperiosa que se impone a la mayoría de los análisis de señalar similitudes y/o diferencias frente al llamado “modelo clásico” de desarrollo capitalista, se fundamenta, en gran parte, en la confusión que parece haber habido entre los esbozos de una teoría marxista de las clases en cuanto al sistema capitalista en general, y las formas histórico-concretas asumidas por las clases sociales, en su proceso de constitución, en un periodo determinado del desarrollo de ese sistema en Europa. Esa confusión nace, a mi parecer, de un procedimiento que toma los análisis del modo de producción capitalista como un modelo puro, cuyas vicisitudes deberían repetirse en el proceso de desarrollo capitalista de los países “atrasados”. Las objeciones que han sido hechas a esas formulaciones son que, ni el modelo clásico es puro —pues un modelo abstracto nunca se realiza plenamente en la historia— ni el proceso de desarrollo de los países latinoamericanos, por ejemplo, vio la predominancia del modo de producción capitalista ser precedido del feudalismo —que aquí no existió— y, al imponerse se combinó con formas que no eran completamente capitalistas,⁸¹ tornando el proceso de transición de la sociedad agraria a la sociedad industrial lleno de particularidades. Ese proceso peculiar afectaría, ciertamente, al proceso de constitución de las clases sociales. Sin embargo, eso no niega su existencia ni significa que sus formas específicas de constituirse anulen su expresión política como clasista.

Todas esas afirmaciones son triviales porque trivial también es la problemática constituida en torno de los procedimientos analíticos de corte mecánico-comparativo descritos. Es importante observar que ese esfuerzo intelectual poco o nada consiguió avanzar en términos de conocimiento positivo sobre lo que son realmente las clases populares en Brasil. Sus descripciones, además de imprecisas en muchos casos —pues es de poca relevancia observar, por ejemplo, la sobrevivencia de residuos rurales en el contexto urbano si no se indica su importancia eventual para la reproducción en las ciudades de ciertas relaciones sociales—, son de un grado demasiado elevado de generalidad. Al nivel de la generalidad que propo-

⁸⁰ Weffort, “Sindicato e Política”, *op. cit.*, especialmente la introducción.

⁸¹ Sobre esa cuestión, ver entre otros, C. Cardoso, “Sobre los modos de producción coloniales de América”, en “Modos de Producción en América Latina”, Cuadernos de Pasado y Presente 40, Buenos Aires, 1973; y también E. Laclau, “Feudalismo y Capitalismo en América Latina”, *op. cit.*

nen para explicar su objetivo de análisis no abre camino para el conocimiento de lo específico que, como veremos en los próximos capítulos, en ese caso es esencial. Sin embargo, además de esta generalidad poco elucidativa, se hace necesario apuntar otro tipo de implicación epistemológica de esa forma de conocimiento, el cual desliza de la misma manera que la percepción elitista de las clases populares, para el terreno de la ideología. Esos análisis así como sus constataciones se ubican en un alto nivel de abstracción cuando se refieren al plan de las relaciones de producción (estructura) y se limitan a los procedimientos de investigación que se utilizan de los "surveys" cuando pretenden verificar las hipótesis más generales en el plan de comportamiento político. Vinculando los comportamientos constatados por la técnica de "surveys" al plan de las estructuras de forma casi inmediata, sin esclarecer las mediaciones existentes entre unos y otros, esas formulaciones acaban por establecer un determinismo estructurista³² y ahistórico para explicar la acción de los actores sociales. De esta forma, las clases terminan por aparecer como si fuesen expresiones corpóreas de las estructuras, y los análisis de su práctica como si fuesen una simple materialización de las estructuras.

Tal vez se deba mencionar que esa producción intelectual fue profundamente influida por la tradición más corriente del pensamiento sociológico contemporáneo que, por razones ideológicas que ya fueron apuntadas por algunos críticos, favorece a los factores de tipo estructural en contraposición a los que incurren sobre lo que se podría llamar el campo libre de acción de los hombres en la historia, esto es, los actores sociales y su intervención en los acontecimientos, los movimientos sociales y su significado socio-político, bien como los problemas organizativos y sus vicisitudes. Parece evidente que esa tendencia acabó por predominar, en parte o en el todo, en las preocupaciones de una gran mayoría de científicos sociales.

Hay que indicar desde ya algunas de las limitaciones más importantes que resultan de ese "approach" de tipo estructurista. Antes que nada, es necesario considerar que, concebida de la manera arriba descrita, la relación estructura-práctica social conduce a una concepción de la inevitabilidad de la historia, que, por lo tanto, lleva al callejón sin salida de la visión ahistórica de las propias estructuras. Al aceptar el supuesto impli-

³² Doy a esas concepciones la categoría *estructurista* para hacer una distinción con las concepciones estructuralistas, pues aunque haya mucho en común entre ambas —en forma particular el hábito de casi siempre interpretar la política a partir de una determinación mecanicista de las estructuras económica y social— esta última corriente de pensamiento, ligada a una cierta interpretación del marxismo según la concepción Althusseriana, es bastante más sofisticada. Las concepciones *estructuristas* tienen una filiación más directa con el funcionalismo y, en ese sentido, tal vez se pueda decir que ellas se basan en una concepción más vulgar de la idea de determinación entre estructura económica y superestructura política. En el caso de los países latino-americanos, esa concepción se desarrolló en gran parte ligada a las diversas corrientes de la llamada *teoría de la modernización*.

cito en las formulaciones sumariadas, poco o casi nada restaría esperar al respecto del comportamiento de la clase obrera brasileña, por ejemplo, a no ser que, conservando el proceso de desarrollo característico de mediados de los años 50 y la intensa urbanización que lo acompañó, esa clase acabaría ganando una mayor experiencia urbana, proveniente de la experiencia del tiempo y, entonces, puede ser que ella viniese a expresarse como clase. Pero la condición para que eso se dé, será siempre que las olas de migrantes procedentes del campo para las ciudades no fueran demasiado intensas para otra vez, como sucedió después de la democratización de 1945, destruir el carácter de clase de los trabajadores brasileños, O bien, que el propio desarrollo económico y social capitalista no sea demasiado atractivo para anular los eventuales sentimientos de solidaridad de la clase obrera y atraerla hacia el paraíso del consumo (como si todo eso, por sí solo, disolviese las contradicciones sociales que fundamentan la sociedad brasileña). Está claro en ese contexto, que las cuestiones ligadas al surgimiento de la conciencia de clase, dependen menos de la tradición de luchas y de las cuestiones organizativas y más de un determinismo estructural absoluto. Lo que este estructurismo absoluto se niega a admitir es que las estructuras son, ellas también, resultantes históricos. Lo que es una determinación estructural en un momento dado, es producto de un proceso histórico en el cual intervinieron la acción y los movimientos de los diversos actores sociales durante el periodo anterior. Esto quiere decir que el surgimiento de movimientos sociales no puede ser comprendido si se toma simplemente para efectos de análisis, la posición estructural de quienes los originan. Los movimientos sociales constituyen, como cualquier acción que envuelve a las clases, procesos que evolucionan y se modifican a partir de su propio desarrollo y de los conflictos en los cuales se fundamentan. Así, no podrían ser explicados, por ejemplo, en el cuadro de una concepción tan mecanicista como las indicadas arriba. Según las hipótesis que llamé estructuristas, los movimientos sociales, cualesquiera que sean ellos, deben tomar rumbos que podrían ser previamente determinados antes que su emergencia ocurriera. ¿No son atrasadas las masas? Entonces no es de sorprender que ellas se expresen siempre, o en la abrumadora mayoría de las veces, según sus tradiciones rurales que las conducen a aceptar liderazgos de corte populista-paternalista, cuyo proyecto siempre será policlasista. Tampoco nos causa sorpresa el hecho de que parte sustancial de la producción intelectual en el campo de las Ciencias Sociales estimule preferencialmente a la sensibilidad de los analistas para las reflexiones sobre los límites impuestos por la estructura al origen y el desarrollo de las iniciativas de los diversos actores sociales concretos, como las clases populares. Todo se da como si a cada nuevo problema concreto o a cada paso en la reconstrucción de la historia social, fuera suficiente recurrir a las determinaciones de tipo estructural, sin llevar en cuenta el hecho de que esas determinaciones se reactualizan en el propio movimiento de la historia y, por lo tanto, en la capacidad que demues-

tren los actores para intervenir, a cada nueva coyuntura y en mayor o menor grado, en la ampliación o restricción de su propia libertad de acción. Esta supervalorización de los determinantes estructurales, con su contrapartida inevitable de la subestimación o desprecio por el papel de los actores, se revela de tal forma ideologizada que su consecuencia más frecuente, en el terreno de los análisis, ha sido la poca importancia admitida y atribuida por la literatura corriente a los temas relacionados con la capacidad de articulación de la sociedad civil. En otras palabras, la problemática de la crisis de la democracia contemporánea ha sido vista mucho más como una consecuencia inevitable de las estructuras predominantes en la actualidad que como resultado del enfrentamiento de los diferentes grupos sociales y sus intereses. A la vez, los analistas no toman a la crisis de la democracia como un resultado del llamado a la fuerza y a la coerción por parte de los grupos que fueron perdiendo su capacidad de universalizar su visión del mundo delante de las demás, ellos la ven como resultado de la tendencia a la burocratización característica de la organización social típica de la fase monopolista del capitalismo.³³

Ese “sociologismo” que no hace más que señalar una cierta concepción mecanicista de la determinación es, en verdad, una contrapartida simplista de esta otra tendencia mecanicista, el “economicismo”. En realidad, es en el mecanicismo economicista que se deben buscar las raíces de esta tendencia *reduccionista* de analizar los fenómenos sociales y políticos: la tendencia a superestimar el papel determinante de la economía en el análisis de los acontecimientos históricos —como si los límites estructurales no fuesen, por ellos mismos, resultantes de la intervención de los actores que sufren y producen, a un solo tiempo, sus determinaciones— sacándose de ahí conclusiones sobre la naturaleza y el carácter de lo que se podría llamar el campo libre de acción de los hombres en la historia como simples derivaciones de aquellos factores estructurales. Así, muy frecuentemente, el estudio de las condiciones estructurales de los fenómenos sociales y políticos termina por transformarse en una especie de procedimiento normativo que, por supuestamente científico, encubre su verdadera función ideológica. En ese estilo están los análisis que inducen a un conocimiento ex-post, que desconsidera a las alternativas abiertas en cada momento histórico para los diversos actores sociales y acaba por anunciar los resultados virtuales de los enfrentamientos sociales y políticos como inevitables. De esta manera, no es ninguna sorpresa la afirmación del primado del Estado sobre la sociedad civil, o el privilegio de las élites en relación a las masas.

³³ Tomo la expresión *Capitalismo Monopolista* para designar la expansión de las grandes empresas, la creciente intervención del capital financiero y la captura de los mercados por la producción subordinada a esta tendencia.